

LA GUERRA FRÍA Y EL TERRORISMO

Fernando P. Amorena

La guerra fría fue un conflicto entre dos grandes potencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética, cuyo comienzo, evolución y fin tuvo significativas consecuencias en las relaciones entre las naciones importantes del mundo en el momento en que se desarrolló; en la actualidad el resultado de ese conflicto caduco, olvidado y desprestigiado se mantiene vigente en un rincón del mundo que poco interesó a sus dos protagonistas, la Argentina en particular.

Por las formas que tomó en nuestra región, fue el primer experimento de **terrorismo internacional**, luego copiado y modificado por el menos poderoso de dos adversarios para resistir en conflictos asimétricos, generando amenazas en teatros distantes del elegido por la potencia dominante.

Aunque los formadores de opinión pretendan ignorar su carácter internacional y precursor, es anterior en tiempo y más importante en magnitud que los publicitados atentados terroristas de la AMIA y de la Embajada de Israel, que siendo graves no fueron la primera incurción del terrorismo en la Argentina ni tampoco fueron diferentes sus víctimas, casi exclusivamente ciudadanos argentinos.

En todos los casos hubo víctimas civiles inocentes, ajenas a las partes que se enfrentaban, y entre los combatientes de uno y otro bando hubo una participación de las potencias a través de asesoramiento, cursos y aporte de milicianos, como lo revelan los campos de adiestramiento de Fuerte Gulick en Panamá (Escuela de las Américas), por un lado, y los campos de Libia, Cuba y Palestina con combatientes de esas y otras nacionalidades por el otro.

Este conflicto entre Occidente y el bloque comunista tiene en nuestro país secuelas que hoy no se han superado.

El mundo se reparte

El 11 de febrero de 1945, en Yalta, ciudad de la Crimea soviética, los mandatarios de la URSS (Joseph Stalin) y de los Estados Unidos (Franklin D. Roosevelt), aliados hasta ese

Fernando Pedro Amorena es Capitán de Navío VGM (R). Ocupó cargos operativos en todo tipo de unidades navales de superficie: rompehielos, fragata Libertad, destructores, portaaviones, cazaminas, corbetas y avisos y fue Comandante de la corbeta ARA Espora y del aviso ARA Suboficial Castillo durante su reconstrucción y traslado al país. En 1982, como oficial de Inteligencia y siendo Teniente de Fragata, participó en la Guerra por las Malvinas ejecutando operaciones de exploración en contacto sobre la flota británica a cargo del comando militar de tres buques pesqueros, el Usurbil, el María Luisa y el Mar Azul. Por estas acciones fue condecorado por la Armada. Cumplió funciones docentes en la fragata Libertad, en la Escuela de Mecánica de la Armada, la Escuela Naval Militar y la Escuela de Guerra Naval. Fue miembro del Centro de Estudios Estratégicos de la ARA, y representante de la Institución ante el Consejo Argentino de las Relaciones Internacionales, (CARI), durante los años 1995 y 1996. Se desempeñó durante tres años (2001, 2002, 2003) en el Honorable Congreso de la Nación. Es posgraduado en Negociación en la UCA y egresado de la Escuela Nacional de Defensa.

BOLETÍN DEL CENTRO NAVAL

Número 820

Abril / junio de 2008

Recibido: 18.10.2007



momento pero rivales en una disputa hegemónica que comenzaba a gestarse, se repartieron territorialmente Alemania, derrotada en la guerra que prácticamente había terminado.

Pero Alemania no representaba la suma de sus aspiraciones y como ambos estaban interesados por los espacios a controlar, incluyeron en ese reparto las áreas de Europa en las que cada uno de ellos creía incidir y quería mantener bajo su órbita de influencia; esto comprendía a países que a partir de entonces se dividieron literalmente por un alambrado al este y al oeste, instalando durante medio siglo lo que fue el símbolo de la guerra fría y que se conoció como la “cortina de hierro”.

Políticamente se gestaron así los bloques antagónicos de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) integrados por los países occidentales de Europa y cuya cabeza eran los Estados Unidos y el Pacto de Varsovia, del cual participaron los países de Europa del este con la Unión Soviética como líder fundador y protector.

En esa primera división del mundo importante existían, además, los proveedores de energía proveniente del Asia Menor, más o menos repartidos según una proximidad territorial que demandaba la existencia del Estado de Israel y de Turquía como portaaviones occidentales dada la vecindad de algunas repúblicas soviéticas en la zona.

El resto era periferia no considerada. Ni África ni América del Sur merecían siquiera ser objeto del lápiz que dividía dominios.

El arma nuclear, factor de disuasión

El 6 de agosto de 1945, los Estados Unidos lanzarían el primer ataque nuclear con víctimas humanas. Éste era un mensaje que puede interpretarse como un intento aparente para apurar el término de una guerra que ya prácticamente había llegado a su fin o, tal vez, era una comunicación dirigida a sus nuevos adversarios de que disponía de un arma secreta de terrorífico poder destructivo.

Terminada la Segunda Guerra Mundial se produce la primera tensión entre bloques, la guerra de Corea. China apoya a Corea del Norte que invade el sur para imponer un régimen comunista, los Estados Unidos intervienen junto a Corea del Sur que resiste; se produce la separación de las dos Coreas y con ello la virtual derrota de China.

En este contexto, John Foster Dulles, Secretario de Estado del Presidente Eisenhower, produce su discurso del 12 de enero de 1954 sobre “represalia masiva”, en el que en claro mensaje a China, pero también a la Unión Soviética, apela al potencial nuclear estratégico de los Estados Unidos para disuadirlos de cualquier intento de una nueva intervención en Corea. El mensaje quería demostrar la voluntad de respuesta de los EE.UU. ante un eventual ataque soviético a Europa. (Los militares norteamericanos creían que la guerra de Corea era una excusa soviética para distraer a los EE.UU. mientras se preparaba este asalto.)

La Unión Soviética entraría al club nuclear en julio de 1949 con la detonación de su primera bomba atómica. Ese hecho, que pudo tener un efecto catastrófico y endurecido la competencia, tuvo un efecto positivo, de alguna manera tranquilizó la preocupación soviética y fue asumido con una racionalidad en la que las consecuencias de Hiroshima y Nagasaki deben haber jugado un rol principal. Al respecto son vastas las evidencias que muestran del lado soviético que con el arma nuclear en sus manos siempre primó la prudencia. Nikita Krushchev al firmar el “Pacto de amistad” con los alemanes del Este en junio de 1964, señaló: “¡La Guerra Nuclear es estúpida, estúpida, estúpida! Si usted llega a (pulsar el botón) ha llegado el suicidio”. (Brodie, 1967: 62)

También los Estados Unidos asumieron racionalmente el extraordinario poder que tenían

en sus manos luego de la finalización de la guerra. John F. Kennedy, entonces presidente, consideraba la posesión del arma termonuclear como un hecho tan aterrador que decía: “Debería volver el genio nuclear a la botella.” (Brodie, 1967:24)

El equilibrio de la guerra fría

El mundo entraba en una forma de guerra desconocida hasta ese momento, los adversarios no podían, no querían, ni tenían forma de enfrentarse sin un riesgo cierto de hacerse desaparecer el uno al otro antes de poder adoptar las medidas que le permitieran protegerse, debían buscar los medios de limitar la guerra y, si podían, evitar una excesiva dependencia de los medios de combate nucleares. De otra manera, era la destrucción mutua asegurada.

Disuasión nuclear y bipolaridad; Morton Kaplan la llama la “lucha por la primacía”. Lo cierto fue que con ella se inició paradójicamente un período de estabilidad central e inestabilidad periférica según la cual el planeta, repartido según los dictados de la conferencia de Yalta, era el escenario de un conflicto que se jugaba fuera del lugar donde se tomaban las decisiones.

En otras palabras, el mundo importaba una guerra que no le era propia pero que asumía con subordinación y disciplina. Desde este momento quienes competían se enviaban mensajes a través de sus satélites, muchas veces con extrema crueldad y siempre fuera de sus propias fronteras.

La Unión Soviética decidió jugar el juego norteamericano, lo haría fuera de sus fronteras. Exportó entonces la revolución, para lo cual hizo uso de diligentes sicarios.

Los países que habían quedado claramente dentro del área de influencia de alguna de las dos potencias sólo debían respetar la alianza de la que formaban parte y el orden impuesto, recibían a cambio la protección paternal de la potencia rectora, su respaldo cultural, político, social y tecnológico, eventualmente el apoyo económico.

Con distinta fortuna, aquellos a los que tocó Occidente gozaron de condiciones de progreso y prosperidad variada, pero siempre en un ambiente de libertad para la sociedad civil. La riqueza o pobreza de sus economías, no dirigidas en general por el Estado, dependían de la capacidad de la propia sociedad y de sus dirigentes.

Los países del Pacto de Varsovia, por su parte, vivían en tranquilidad en tanto no pretendieran espontáneamente más de lo que la potencia rectora había determinado que les correspondía, sin grandes libertades pero sin necesidades básicas insatisfechas, el Estado protector todavía existía en estas sociedades.

En ambos casos cuando se salían de cauce y rompían aquel orden, la reprimenda podía ser violenta (Hungría 1956, Checoslovaquia 1968, Malvinas 1982). Pero, en general, cualquiera fuera el bloque, dentro de él se vivía en orden y en paz.

Para demostrar que la guerra fría se jugaba en Europa (hubiera sido muy impúdico que se luchara solamente en la periferia), se inició una carrera armamentista y de despliegue entre ambos bloques, donde las “fintas” eran moneda corriente. Si Moscú movía tropas o producía asentamientos cercanos a la “cortina de hierro”, los EE.UU. desplegaban misiles balísticos en los territorios simétricos (normalmente Alemania), apuntando hacia el este y haciendo tanto ruido como fuera posible, de modo de ser perfectamente advertido.

Mientras tanto y sólo por precaución extrema, submarinos con armas nucleares estratégicas se paseaban indetectados por los mares.



El pensamiento antiamericano y anticomunista

De la misma forma que los norteamericanos fueron fuertemente aislacionistas durante el período que va desde su independencia hasta su entrada a ambas contiendas mundiales, así también ocurrió con el resto de América.

Posiblemente las distancias que separaban entonces (hoy no) a este continente de Europa justificaba esa posición. Monroe con su doctrina, cualquiera sea la interpretación que de ella se haga, daba una clara señal al mundo en este sentido.

Con este pensamiento aislacionista o de neutralidad, “América latina ha sido generalmente una zona periférica y de poca trascendencia para la guerra fría” (R. Carr, 1966:195), poco importante para los Estados Unidos e inexistente para la Unión Soviética, la guerra fría no era un hecho de consideración.

En casi todos estos países existía un fuerte espíritu nacionalista, que si bien se oponía a la



hegemonía norteamericana al mismo tiempo rechazaba con violencia al comunismo soviético. “La clave de la posición de América latina en la guerra fría estriba en las dificultades que encuentran los Estados Unidos como país poderoso y altamente desarrollado en establecer relaciones satisfactorias con un cúmulo de naciones débiles y en desarrollo. (R. Carr, 1966:195-196)

Pequeños partidos de izquierda, los partidos comunistas locales, agitaban tibiamente y no conseguían o no deseaban diferenciarse de los nacionalistas en su odio antinorteamericano. Lenin, que mucho tiempo atrás había detectado esta debilidad, dio la clave a los nuevos ideólogos para aprovechar este tipo de sentimientos y las iracundias nacionalistas y regionalistas que se alimentaban del rencor y las envidias hacia los países líderes de Occidente.

El paso a seguir fue confundir a partir de la ambigüedad, se impuso un lenguaje que juntó a esos enemigos y ya no se supo de nacionalismos o revolución permanente, se comenzó a hablar de “imperialismo”, “cipayos” y vocablos parecidos. Muchos antiguos nacionalistas extremos (Tacuara) comenzaron a migrar al marxismo como si se les hubiera descorrido “el velo de la ideología”.

Coincidentemente, la mayoría de los países americanos estuvieron gobernados durante muchos de esos años por regímenes de facto que mantuvieron todos ellos buenas relaciones con Washington.

Exportar la guerra fría a Iberoamérica Interés por el mundo olvidado

El desinterés o el olvido inicial de la periferia resultaron sin embargo de mayor utilidad que lo que las potencias pudieron prever. En lugar de quedar fuera del conflicto, ésta, que constituía un espacio lejano apartado de las rutas comerciales, poco poblado y de escaso interés estratégico en ese momento, configuró las condiciones ideales para convertirse en el teatro de operaciones de la faz militar del experimento unificador de ambos actores. Cualquiera fuera el ganador, el resultado sería la globalización.

Surgió el concepto del conflicto indirecto, estallaron Corea, Vietnam, las reiteradas guerras relámpago del Medio Oriente, todas ellas convencionales, entre ejércitos regulares, limitadas y apoyadas logística y técnicamente por uno y otro de los dos grandes actores globales.

No fue suficiente, el riesgo creciente de un enfrentamiento entre las potencias condujo a la hipocresía de generar conflictos lejos de casa, de llamar “guerra fría” a aquella en la que morían otros.

Se cambiaron los actores, se desempolvieron los viejos conceptos de la estrategia sin tiempo y de la guerra permanente, se entró al patio trasero del enemigo (no a su casa). Cuba representó la playa de desembarco de la potencia que no tenía derechos en América, porque aunque Yalta no lo hubiera especificado, era propiedad tácita del hegemon occidental.

No se conoce la explicación del éxito de la revolución cubana en cuanto a la falta de respuesta de los Estados Unidos, sin embargo nos atrevemos a arriesgar que si los Estados Unidos habían tomado ventaja en Asia con el caso de Corea del Sur, era hora de devolver la gentileza al *challenger* en una zona de la tangencia propia.

Cuba significó el cambio o la promesa de cambio y protagonismo para las burguesías comunistas, acercó la guerra fría al continente y corporizó al enemigo intervencionista, permitiendo pensar en la posibilidad de vencer a la potencia.

Los intelectuales comenzaron a hacerse progresistas y sin incorporarse a los partidos comunistas burgueses, tomaron estas ideas o las exaltaron refundando trotsquismos, maoísmos y otras formas violentas. El “Che” Guevara se convirtió en un estereotipo del burgués hijo de familia adinerada que dejaba todo por combatir a los “cipayos” y “vende patrias”.

Apareció el terrorismo y la subversión, los primeros intentos de foquismo fuera de Cuba. La Revolución de Liberación Nacional de Castro fue enfrentada por los Estados Unidos en lo socioeconómico por la Alianza para el Progreso, que “implicaba apoyo para la modernización económica dentro de los países democráticos” (R. Carr 1966:208), pero también con formación militar especial en combate rural y ambiente de selva. (Escuela de las Américas)

Los Estados Unidos comenzaron a preparar a los países americanos para resistir la original modalidad comunista con originalidad equivalente. Cuba en nombre de su amo exportó con premura el modelo que le había resultado exitoso. El foquismo intentó propagarse por América de manera pretendidamente romántica, fuertemente cruenta y seguramente novedosa.

Interpretaron ese triunfo inicial apresuradamente a partir de dos premisas que luego se revelaron erradas:

1. Que los EE.UU. serían espectadores desinteresados.
2. Que las condiciones de desigualdad cubanas eran las del resto de los países americanos.

La guerra de guerrillas se convertía en el concepto bélico vigente y en la realidad caliente de la guerra fría, corrían los años sesenta...

Al principio con lealtad y a cara descubierta, **ejércitos internacionales** guerrilleros uniformados combatían en la selva boliviana o chaqueña contra ejércitos nacionales regulares, confiaban en repetir el éxito de Fidel Castro y sus hordas, necesitaban que este éxito fuera visible y que además fuera simpático. Por ello se mostraban y se dejaban fotografiar en operaciones en la selva como lo hacen los ejércitos regulares, sonriendo amistosamente y fumando enormes habanos para identificar subliminalmente su origen y darle un conveniente toque romántico, seguros de que recibirían el apoyo campesino de campesinos que no habían pedido ni ayuda ni apoyo, que no sabían de comunismo y que, por el contrario, veían a los insurgentes como extranjeros que eran.

Comenzaron a fracasar, se los denunciaba, perseguía y aniquilaba. Así murió el “Che” Guevara, denunciada tristemente su breve presencia en la selva boliviana por sus pretendidos protegidos. Su existencia imaginada acumula los méritos de un aventurero al que no se le conocieron victorias militares, su legendaria imagen no es más que el exitoso producto publicitario que surgió de una casual y estética fotografía reproducida “ad infinitum”, como la de un modelo de ropa masculina del que, excepto la imagen, todo se desconoce y por eso todo se le puede atribuir.

El final del “Che” Guevara y otros fracasos similares posteriores de la guerrilla en Tucumán, donde la población tampoco les prestó apoyo, convencieron a sus cúpulas que debían mutar sus procedimientos.

La responsabilidad militar

El orden constitucional fue interrumpido en la Argentina por intervenciones militares en diferentes circunstancias; se puede afirmar que los verdaderamente favorecidos por estos golpes eran en realidad los grupos políticos liberales, que no llegaban al gobierno por el camino de las urnas pero tras los golpes de facto ocupaban invariablemente los sectores económicos del poder.

Estos grupos que se valían de los militares tenían lazos sólidos que los vinculaban estrechamente con sectores del poder económico norteamericano y habían favorecido (como todos los demás) la entrada de empresas trasnacionales y capitales extranjeros, que en esa época eran casi exclusivamente norteamericanos o ingleses.

Aunque esto ocurría desde mucho antes del golpe del Proceso con otros protagonistas de la vida política, una forma de entender esto es pensar en la imagen de Henry Kissinger, que se asociaba naturalmente con la de José A. Martínez de Hoz y ésta con el proceso en general.

Este argumento fue usado por los grupos terroristas, que identificaban al imperialismo capitalista que debían atacar con las Fuerzas Armadas, supuestos representantes de sus intereses en el país.

Pero contra lo que mucha gente hoy recuerda, las primeras incursiones de la guerra revolucionaria en la Argentina datan de 1959; durante el gobierno del Dr. Arturo Frondizi se captura en Tucumán un grupo que se dice peronista y en el que se mezclan activistas de ex grupos nacionalistas extremos con marxistas (Tacuara - J Cooke), se desencadenó con violencia en 1970 y alcanzó su máxima intensidad entre 1973 y 1976.

Cambiar las tácticas y encontrar al enemigo

Al principio la guerra se desarrolló como lo habían previsto tanto Cuba como los Estados Unidos, guerrillas rurales en Bolivia y golpes guerrilleros de parecidas características en otros países, Guatemala, Nicaragua, la Argentina entre ellos (Uturuncos en Tucumán), pero duró poco y cuando en 1967 fue muerto en Bolivia el "Che" Guevara, pareció que todo apuntaba a terminar.

Con esta modalidad de combate, el foquismo demostró ser ineficaz para esta parte del continente y en nuestro país un nuevo intento terminó en desastre en Tucumán algunos años después (aunque en rigor de verdad estuvieron cerca de conseguir sus objetivos).

Decidieron entonces modificar las técnicas, no se podían enfrentar ejércitos regulares en una guerra franca y convencional; el terrorismo desarrolló una nueva metodología que aplicó a su lucha en nuestro país.

Se inició el terrorismo urbano. Más cruel, más despersonalizado, más desleal y mucho más artero. El cuerpo que se oponía a las balas ya no era más el propio, era el del peatón desprevenido que quedaba encerrado en un tiroteo y se convertía en escudo del terrorista.

Guerrilla y terrorismo urbano

A partir de 1970 (asesinato del General Pedro E. Aramburu), el terrorismo se propagaba con violencia inusitada. Los asesinatos se sucedían sin solución de continuidad, las víctimas eran de todos los sectores, políticos, gremiales, empresarios al principio, pero no alcanzaba, era necesario provocar la reacción de las Fuerzas Armadas. Para incrementar la espectacularidad de sus operativos necesitaban una reacción fuerte y visible, comenzaron entonces a atentar contra militares.

Los atentados se cometían en la búsqueda de prestigio, de armas o de ascensos en la organización; las víctimas se elegían por su profesión que los convertía en culpables de algo. En acciones contra ellos morían esposas, hijos y circunstanciales transeúntes sin ninguna consideración.

Los terroristas actuaban por manual, escondidos, se mimetizaban con el hombre de la calle.

El gobierno legal de J. Perón primero y luego el de su esposa, su sucesora, reaccionaron pero, envuelto en desprestigio y escándalo este último, no satisfizo a un sector importante de la sociedad que volvió a apelar a las Fuerzas Armadas, que una vez más se dejaron seducir.

La respuesta del Proceso de Reorganización Nacional a la subversión tiene que ver entre otras cosas con la visión con que las Fuerzas Armadas fueron preparadas para afrontar como aliados la guerra de los Estados Unidos contra el comunismo, que para nuestro país no fue "guerra fría".

Los anárquicos ataques de la guerrilla rural primero, luego el terrorismo indiscriminado y finalmente la subversión generalizada, modificaron la concepción de cuáles eran las fuerzas adecuadas para su erradicación. Las primeras acciones fueron contenidas por fuerzas policiales y de seguridad.

Al generalizarse los hechos y aumentar el nivel de violencia e inseguridad, el gobierno constitucional involucró en la lucha a las Fuerzas Armadas, que entraron en ella condicionadas por la concepción ideológica de una lucha entre los bloques y por sus propias capacidades de aplicar violencia para combatir a un enemigo de la Nación.

La Argentina vivió lo que doctrinariamente se conoce como “guerra limitada” y que terminó exitosamente en el terreno militar. Ni los Estados Unidos ni la Unión Soviética intervinieron directamente, ambos apoyaron a una parte a su modo y se mantuvieron expectantes.

De las cinco fases que algunos autores le reconocen a la guerra revolucionaria, y que sólo mencionaremos, concretó con éxito las tres primeras y estuvo muy cerca de alcanzar el fin de la cuarta.

CONCRETÓ

- Ejecutó un prolijo despliegue e infiltración en organismos del Estado y diversos campos de la vida social (universidades, sindicatos, centros culturales, banca, etc.).
- Desarrolló su aparato revolucionario mediante: sabotaje, intimidación, terrorismo, secuestros y eliminación de funcionarios. Desprestigio de las Instituciones.
- Pasó a la acción revolucionaria sistemática y generalizada. Llegó a controlar poblaciones aisladas.

NO CONCRETÓ

- Creación de zonas liberadas, con administración de tipo oficial y fuerzas combatientes regulares.
- Insurrección general.

En esta etapa de la guerra fría, participó decididamente nuestro país, involucrando como diferentes actores a dos partes de su propia sociedad; se insertaba de ese modo de manera voluntarista en un conflicto equivocado y ajeno sin que ninguna de las dos partes se diera cuenta de que era el actor de intereses extraños.

La tercera parte asistía al conflicto respaldando con convicción al sector oficial aunque hoy algunos no lo recuerden. Los medios de comunicación de la época, el diario de sesiones de ambas Cámaras del H. Congreso y otros documentos irrefutables son testimonio claro de esta afirmación.

Las consecuencias de esta participación fueron internas, dejaron heridas sólo en nuestro cuerpo social, no produjo, como periferia que somos, repercusiones internacionales importantes más allá de la región.

Se mantuvo el carácter internacional de los combatientes del terrorismo, de los campos de instrucción y del capital que los financiaba. Continuaron siendo internacionales los “sanuarios” donde descansaban y se reponían u organizaban sus “contraofensivas”.

Se enfrentaron sectores de la sociedad que integraban los mismos estratos. Los niveles de violencia que se alcanzaron fueron absurdos, no se correspondían con ninguna historia de rencores previos. Hubo casos de familias cuyos miembros militaban en bandos opuestos sin que existiera enemistad individual entre ellos. Lo mismo ocurrió entre condiscípulos de colegios secundarios y lo que es mucho peor, en ocasiones el bando de pertenencia se generaba por el mero y circunstancial hecho de que el cumplimiento del servicio militar obligatorio ponía del lado opuesto al terrorista y al conscripto del ejército legal.

Hacia 1982 cuando la Argentina decidió salirse del orden mundial establecido con los episodios de Malvinas, el accionar del terrorismo había finalizado en el terreno militar.

Conclusiones. El fin de la guerra fría, la caída del muro

La Unión Soviética no resistió el embate de la economía ni pudo sostener el extraordinario flujo de capital que su competidor inyectó a la tecnología y a la competencia. En 1989 cayó el muro de Berlín, poco tiempo después la propia Unión Soviética.

Nunca llegó la guerra contra el enemigo ni la violencia declarada entre ambas potencias.

Terminó la guerra fría y Europa inició su reconstrucción, muchos países que habían pertenecido al Pacto de Varsovia se reinsertaron decididamente en Occidente y recibieron ayuda para la integración.

En nuestro país en 1983 terminó la que pudo haber sido la última interrupción militar al orden constitucional en mucho tiempo, con ella terminó en general la etapa americana de la guerra fría, uno a uno fueron desapareciendo los regímenes militares en América del Sur, que aparentemente habían sido la garantía ante la necesidad norteamericana de resistir al embate del comunismo.

De modo abrupto, mucho antes de la caída del muro de Berlín, cambió el modelo político pero también por un tiempo finalizó la sociedad automática con los Estados Unidos. Terminado el peligro, los detentores del poder norteamericanos se desentendieron del mandato que habían impuesto. Muchos gobiernos latinoamericanos recién instalados aprovecharon esta orfandad para constatar con horror que en sus países había ocurrido una guerra con la consecuencia que ésta suele tener, la muerte de seres humanos.

No se habían enterado, pero sacaron provecho del resultado, les resultaba cómodo no haber sabido, no haber visto. Hasta este punto pudo ser suficiente, luego llegó la sobreactuación. La derrota del comunismo en la guerra revolucionaria no significó nada para el mundo, sólo para este rincón de América. ¿Sobreactuó la Argentina?

Hubo en nuestro país una guerra ganada en el marco de la contienda Este-Oeste. La Argentina entró en el juego que le correspondía como periferia y cumplió con el mandato que se le había impuesto. Fue eficaz, pero así como no era importante antes, no lo fue en ese momento ni lo es ahora.

Fue parte de un episodio

Veinticinco años después de finalizada la intervención militar en nuestro país, vemos que algunos sectores siguen mirando ese pasado con el sentimiento y la pasión que sólo es adecuado en el momento de la acción, o que se aprovechan de él por razones completamente ajenas a la ideología.

La experiencia indica que el hombre debe dejar pasar el tiempo para poder interpretar objetivamente la causalidad de la historia, y que nunca a las Instituciones sino a los hombres se le pueden atribuir culpas. ■

BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo, S/D: El imperio fragmentado (*Ediciones Occidente*)
- Armada Argentina (1987): La Argentina, Guerra Revolucionaria-Recopilaciones (S/E)
- Autores varios (1966): Gran crónica de la Segunda Guerra Mundial (*Selecciones del Reader's Digest*)
- Autores varios- Raymond Carr (1966) : La Guerra Fría (*Ediciones Troquel*)
- Brodie Bernard (1967); El escalamiento y la opción nuclear (*Círculo Militar*)
- Gaddis, John Lewis (1989): Estados Unidos y los orígenes de la guerra fría (1941-1947) (*Grupo Editor Latinoamericano*)
- Granillo Fernández, Abraham (1970): La paz comunista (*Círculo Militar*)